

Prometo Liberarte

Diana V

Image not found.

Capítulo 1

1

Desde que tengo conocimiento, Andy es un chico callado. Mi casa está frente a la suya, por lo que me consta que de pequeños siempre estaba enfermo. Rara vez lo veíamos fuera de casa. Seguramente es esa la razón de su blanca y pálida piel. Cada mañana lo observo salir de su hogar junto a un hombre adulto, que asumo, debe ser su padre. No habla mucho, pero sube a su auto y sin mirar atrás emprende rumbo a la escuela. Acto seguido salgo yo, en mi bicicleta. Es así desde que tengo unos diez años. No es que esté obsesionada con sus encantadores ojos negros, sino que hay algo en él que me preocupa. Bueno, por culpa de esa angustia que su mirada perdida me provoca, muchas veces ni siquiera alcanzó a tomar todo mi desayuno, pues si demoro más de lo estimado, no alcanzaré a observarlo antes de que comience la clase.

Me siento junto a él desde que tengo memoria, pero jamás me ha hablado, y por si fuera poco, ha rechazado absolutamente todos mis intentos de diálogo. Creo que deje de intentar ser su amiga hace unos tres años, luego de que casi matara a golpes a Thomas en el patio de la escuela. La verdad, nunca lo había visto así, descontrolado por completo. Recuerdo como de sus ojos furiosos caían lágrimas con cada golpe que le propinaba al matón de la clase. Fue un espectáculo horrendo, a tal punto, que ningún estudiante fue capaz de arrebatarle al chico de las manos, hasta que Thomas por sí solo se desplomó perdiendo la conciencia. Andy se levantó con sus manos ensangrentadas y limpió su rostro, dejando marcas rojas como si se tratara de un asesino caníbal deseoso del aroma que ella expele. Realmente parecía un monstruo.

Esa mañana lo seguí como cada día, me senté a su lado en el salón y mientras él se perdía observando a la ventana, me dediqué a examinarlo. Es cierto, tal vez no debía hacerlo, pero no pude ignorar el pequeño hematoma que sobresalía de su chaqueta por su cuello. ¿Qué habría ocurrido? Tal vez había golpeado sin piedad a otra persona, o quizás alguna novia se había excedido en sus cariños. Era común que bajo su camisa apareciera alguna diminuta marca, pero con lo salvaje que suponía que era, no me extrañaba. Me preocupaba, por supuesto que lo hacía, pues temía que por esa incontrolable sed de violencia resultara envuelto en algún problema mayor.

No tenía idea de lo que me esperaba.

Sin más, comenzó la clase y mi vida de estudiante. De pronto era incapaz de comprender lo que la maestra ponía en la pizarra. Posiblemente, era hora de que abandonara mi lugar junto a Andy y me ubicara más adelante, podría captar mejor si mi encantadora distracción no fuera tan

ridículamente hermosa. De inmediato volví a observarlo, perdido una vez más entre sus pensamientos. No entendía cómo él podía obtener siempre excelentes calificaciones, si con suerte tomaba su lápiz para garabatear algunas líneas. Era muy injusto que además de guapo fuera un genio.

Andy volvió a casa en completo hermetismo, como siempre. Esa tarde no lo seguí, quise estudiar un junto a Alex y Alicia en la biblioteca de la escuela, ya que pronto serían los exámenes de mitad de año y si no me concentraba, reprobaría matemáticas. Me quedé ahí, hasta que las luces se apagaron y notamos que en cualquier momento cerrarían el edificio. Era invierno y oscurecía mucho más temprano, por lo que al llegar a casa ya todo estaba cubierto por la noche.

Pedalee tranquila hasta mi hogar, con el frío entumiendo mis mejillas, y estacioné mi bicicleta para observar la oscuridad de la casa de enfrente. ¿Estaría allí? No sé porque, pero una extraña valentía se apoderó de mí, obligándome a cruzar en busca de explicaciones. ¿A qué? No lo sabía. Solo necesitaba verlo para regresar a la tranquilidad de mi hogar. De inmediato noté que no había nadie en casa, pues el silencio reinaba en todo el rededor, aunque podía ver una tenue luz al fondo del pasillo. Muy despacio trepé uno de los árboles para ayudarme a saltar la cerca que rodeaba su vivienda. Una vez allí, me arrepentí como nunca antes. Pero no había opción. Me era imposible devolverme, a menos que encontrara algo para subir e impulsarme a saltar. En busca de algo para ayudarme, avancé sigilosamente a través del patio oscuro y desordenado, hasta que vislumbré aquella luz que emanaba desde el interior. Asomé con cuidado mi cabeza, y lo vi: estaba sentado en una pequeña escala que conducía al interior de su casa fumando un cigarrillo, apenas alumbrado por aquella luz. Hermoso y perfecto, casi besando con una delicadeza extrema el filtro para dejar huir el humo de forma elegante y ceremoniosa. Estaba bien, por lo que ya podía volver a casa.

Retrocedí tratando de ser cautelosa, pero erré. Uno de mis pies se atrapó en un tarro de pintura vacío, provocando un estrepitoso ruido que alertó a Andy, obligándolo a dejar su cigarrillo a medio fumar y caminar hasta donde estaba. Sus ojos hermosos me miraron con odio.

—¿Qué demonios? —dijo acercándose hasta mí.

Lo único que sentí, fui pánico. Asustada intenté escapar, recordando la escena con Thomas en el patio de la escuela. Temí por mi vida y retrocedí, provocando aún más ruido.

—iShhhht! —susurró exigiéndome silencio.

Unos pasos se oyeron desde dentro de la casa y mi pánico se triplicó. Estaba segura de que moriría ahí, pues el rostro de Andy se desfiguró de miedo. Con más fuerza de la que necesitaba para sostenerme, me

presionó por los brazos, y con absoluta seriedad, ordenó:

—No importa lo que veas, no importa lo que escuches, quédate donde estás y no hagas ruido —murmuró.

Asentí, temblando en la oscuridad.

—¿Qué sucede? —preguntó la voz de un hombre acercándose hasta él.

—No es nada, un gato tal vez —contestó Andy, apoyándose en uno de los pilares de la terraza y dejándome sola, cubierta por la noche.

Una sombra alta y corpulenta avanzó hasta él, era un hombre relativamente joven. Tomó su rostro y acarició su cabello. Luego bajó hasta su pecho y se ubicó tras él, atrayéndolo hasta su cuerpo con violencia. ¿Lo estaba seduciendo? ¿Quién era?

—¿Un gato? —repitió él, deslizando su mano por el pantalón de Andy y girándose hasta que sus rostros estuvieron frente a mí.

Era el mismo hombre que cada mañana lo llevaba a la escuela. Tal vez era su novio y vivían juntos, pensé.

—¿Es necesario que sea aquí? —dijo Andy en tono despreocupado.

Volví a poner atención y noté como aquel hombre sujetaba el cuello de Andy de forma brusca. Intenté hacer algo, pero Andy me observó fijamente y me obligó a callar. El hombre entonces comenzó a besar su cuello, y otra de sus manos viajó hasta la parte delantera de su pantalón para acariciarlo al mismo tiempo que lo apretaba contra su cuerpo. Quise cerrar mis ojos, pero mi mente me traicionó y seguí observando como aquel ser humano frotaba a Andy contra sí mismo,

—Yo decido dónde y cuándo —sentenció.

E inclinó a Andy hacia adelante para meter su mano en la parte trasera del pantalón. Cubrí mi boca sin saber qué hacer. Necesitaba huir, no quería ver al amor de mi vida tener sexo con otro hombre.

—Espacio —murmuró Andy, sin poder disimular un pequeño gemido de dolor.

Volví a abrir mis ojos, Andy me observaba fijamente. Me pidió silencio, el hombre realizó un movimiento brusco con su mano y un nuevo gemido escapó de los labios de mi amor. Solo ahí, se detuvo.

—Bien. Basta de hacer ruido. Te veo arriba.

El hombre sacó su mano y entró dándole unas palmadas en el hombro. Andy suspiró, acomodó su ropa y arregló su cabello. Tardó unos segundos en voltearse hacia mí, y cuando lo hizo, pude ver su expresión avergonzada y dolorida. Yo estaba impactada, mi voz no salía y las lágrimas inundaban mi rostro. Caminó hasta estar frente a mí, sacó el tarro silenciosamente de mi pie y desvió la mirada.

—Vete —ordenó—. Olvida todo esto y no vuelvas a aparecer por acá. Ellos son peligrosos, y la próxima vez no te ayudaré.

Yo no pude moverme. Realmente no podía asimilar lo que había visto. Quise tocarlo pero él cortó mi movimiento en seco y me llevó hasta la cerca.

—Vamos —bramó. Me levantó en sus brazos y me arrojó fuera de allí.

¿Qué era todo eso?

¿Andy estaba en peligro? Eso claramente no era una relación consensuada.

Me sentí pésimo por abandonarlo, pero sobre todo, por no ser capaz de preguntarle si estaba bien. Necesitaba saber si todo aquello era contra su voluntad, aunque aquello significara atender también contra mi vida.

Si estaba en peligro, buscaría la forma de sacarlo.

No importaba como, pero lo haría.

Capítulo 2

2

Apenas pude dormir aquella noche. El sonido de la voz de Andy gimiendo de dolor inundaba mi cabeza y me hacía sentir culpable. Observé hacia su casa muchas veces, intentando descubrir algo a través de la ventana, pero nada ocurrió.

Por la mañana, no esperé a que saliera de su hogar como todos los días, tan solo me apresuré en llegar a la escuela y esperé sentada en mi pupitre a que él llegara. No tardó mucho en cruzar el umbral de la puerta, con su aspecto sombrío y su mirada perdida. Caminó despacio, pero valientemente me interpuse. Él me observó profundo. Sus ojos azules parecían atravesar mi alma y desnudarla por completo. Mi voz tembló, pero tomé fuerza y hablé de igual manera.

—¿Estás bien? ¿él te obliga a hacerlo? —dije tratando de sostener mi mirada. Él lanzó una carcajada que me hizo sentir estúpida y dio un paso hacia adelante. Yo me apresuré a bloquear su camino y repetí—. Andy, te lo ruego...

Andy me observó con asombro, y rápidamente cambió su mirada por una de odio, quitándome de enfrente sin dificultad. Tomó asiento en su lugar de siempre, y me ignoró. Por lo tanto, fui hasta su mesa y me agache hasta estar a su altura. Él volvió a mirarme asombrado.

—Te dije que olvidaras todo. Es por tu bien —bramó.

—No me interesa mi seguridad, me interesas tú —contesté.

Andy otra vez soltó una carcajada burlona.

—No sabes quién soy —dijo amenazante mientras acercaba su rostro al mío—. Soy el monstruo, ¿lo olvidas?

—No lo eres —respondí, tratando de sonar valiente.

—Si lo soy. Y no me molestaría repetir la escena de Thomas contigo. Desaparece de mi vista y no vuelvas a intentar nada estúpido, o te arrepentirás el resto de tu vida —amenazó.

Eso sí logró intimidarme. Me levanté molesta y volví a mi lugar. Estúpido Andy, pensé. A esa altura, ya era obvio que aquello no era una relación sana. ¿Y si solo era víctima de abusos? Aunque, había una posibilidad que no estaba considerando. ¿Y si él deseaba estar ahí? ¿Y si la relación con aquel hombre le agradaba? Sonaba descabellado, pero todo era posible si

se trataba de él.

Durante la escuela no volví a cruzar palabra con él, y me apresure en regresar a mi hogar para idear un plan que me permitiera volver a entrar a su casa y reunir más información. Me sentí una acosadora, pero si algo malo estaba sucediendo allí dentro, no quería ser cómplice y callar. En casa me ubiqué en mi escritorio, situado junto a la ventana que daba a su hogar. Esperé y esperé hasta que lo vi entrar. Aún no estaba allí el auto de su ¿padre? ¿novio?, por lo que tal vez era mi oportunidad. Revisé mis posibilidades desechando la primera y más obvia: entrar como un visitante normal. ¿Qué otras opciones tenía? El patio, repitiendo la hazaña del día anterior o subir hasta su balcón para colarme por su ventana.

No lo analicé mucho, pues no sabía de cuánto tiempo disponía. Así, valiente y decidida me apresuré y comencé a trepar el árbol, aunque, llevaba mucho tiempo sin hacerlo. Subí un poco nerviosa hasta estar frente a su ventana. Respiré profundo, y brinqué hasta el balcón. Gracias a dios la ventana estaba abierta y en cuestión de segundos estuve dentro.

Esa era la alcoba de Andy. Lo sabía porque cientos de veces lo había espiado desde mi hogar como una sinvergüenza. Él no estaba ahí, pero su ropa estaba tendida sobre su cama. Junto a su almohada, una mesita donde reposaban restos de cigarrillos y un libro a medio leer. Bajo la ventana, un escritorio con sus cuadernos. Dios, era increíblemente ordenado. Como respaldo de su cama, un enorme espejo que reflejó mi espanto al escuchar abrirse la puerta principal. Volteé espantada mientras buscaba un lugar para esconderme, hasta que de pronto una delgada mano abrió la puerta. Comencé a temblar histérica, pensando en que ese peligroso hombre aparecería de la nada.

Afortunadamente, era Andy. Iba desnudo, cubriendo la parte inferior de su cuerpo con una toalla blanca. Su cabello mojado lucía increíblemente sexy y su torso desnudo, aunque extremadamente delgado, casi me provocó un paro cardíaco. Él no dijo nada y cerró con rapidez la puerta tras él.

—Shhht —dijo haciendo un gesto de silencio.

Se acercó hasta mí, pudiendo ver entonces las marcas que ocultaban sus tatuajes. Iba a preguntar, pero unos pasos sordos comenzaron a subir por la escalera. Andy se alarmó y me tomó por el brazo parallevarme hasta su armario.

—Quédate aquí —murmuró. Me miró molesto y agregó—: No sé porque haces esto. Guarda silencio, y ya sabes, no importa lo que veas o lo que

escuches, jamás salgas de ahí, o ambos estaremos muertos.

Me quedé aterrada. Andy cerró la puerta de prisa, y los pasos avanzaron hasta escucharse fuera de su habitación. Él se alejó dejándome en el armario, la puerta se abrió y el mismo hombre de la noche anterior entró a la alcoba sin siquiera pedir permiso. Andy no lo miró, pero eso al hombre parecía no importarle.

—¿Estás listo? —preguntó acercándose hasta él.

Acarició su torso desnudo y lo volteó violentamente, ubicándolo frente al espejo. Una vez ahí, pasó su lengua por el cuello de Andy, que parecía inmutable tras aquel acto. Luego quitó la toalla de su cuerpo, dejándolo completamente desnudo. Dios. Su desnudez. El sueño de mi vida.

—Acabo de bañarme —dijo él, inmutable—. No quiero hacerlo de nuevo.

El hombre rio y pasó su mano por el ombligo de Andy, bajándola lentamente hasta tocar su sexo. No logré identificar bien sus movimientos, pero oí a Andy quejarse un poco molesto.

—Si vas a hacerlo así de fuerte, no podré hacer nada más.

El hombre volvió a reír mientras subía su mano hasta el cuello de Andy.

—¿En serio crees que puedes decirme qué hacer? ¿Qué te está pasando?
—dijo presionando su cuello.

Fue ahí cuando decidí salir, pero Andy volteó y me hizo un gesto de silencio mientras aquel hombre besaba su espalda. Él estaba ahí, desnudo frente a mí. Ya no era mi sueño hecho realidad, y lo cierto es que ni en mi peor pesadilla había imaginado algo así. Estaba en pánico, pero imaldición, no lograba quitar mi vista de encima! No sabía que me pasaba. De pronto, sin entender razones, mis ojos comenzaron a llorar mientras el hombre, seguro de su poder, se sentaba sobre la cama y empujaba a Andy contra su cuerpo, sentándolo en su regazo, justo frente a mi mirada desconcertada. Con violencia le abrió las piernas, e igual de fuerte comenzó a frotar su miembro, aunque Andy se mantuvo ajeno a lo que allí sucedía, sin demostrar absolutamente nada.

—Maldito niño —dijo finalmente, jalándole con fuerza el cabello.

Aquel hombre se puso de pie para lanzar a Andy sobre la cama.

—De rodillas —ordenó.

Y mientras él acomodaba su menudo cuerpo sobre la cama, el hombre se ubicó a sus espaldas para besar su trasero. Lo vi. ¡Lo vi, maldición, lo vi!

Introdujo sus dedos en él, bajó el cierre de su pantalón y justo antes de penetrarlo, se detuvo.

—Volveré por ti en la noche —murmuró—. Ahora voy por lo demás. Ponte guapo, que al menos tres vienen solo por ti —ordenó.

El hombre salió de la habitación a pasos apresurados. Lo escuché descender, avanzar por el pasillo, salir de la casa y arrancar el auto. Andy seguía recostado sobre la cama, y yo temblando desde el armario, donde había visto todo lo ocurrido. Muy despacio, abrí, para acercarme hasta él. Seguía desnudo sobre el edredón, y dispuesto a ignorarme.

—¿Andy? —murmuré mientras me acercaba a su rostro—. Andy, dios mío, salgamos de aquí —dije en tono desesperado.

—¿Lo disfrutas, cierto? —dijo molesto—. Por eso volviste, porque lo disfrutas...

No podía creer lo que escuchaba. Lo único que deseaba era sacarlo de ahí y su mente tramaba semejante argumento. Sí, lo acepto, había observado. Pero no lo disfrutaba. Sin poder contenerlo, lágrimas de frustración comenzaron a salir abruptamente de mis ojos. Tomé el cuerpo de Andy y lo obligué a voltearse, para confirmar que las mismas lágrimas brotaban de sus ojos. Recuerdo que abracé su torso desnudo y tembloroso antes de que él, amablemente, me pidiera que volviera a casa.

—Anna, te suplico que no vuelvas aquí de esa manera... no sé qué cosas horribles podrías presenciar —suplicó, hundiendo su rostro en mi cabello.

No pude observarlo, porque Andy esquivo mi mirada cada vez que intenté hacerlo.

—No lo haré, solo si prometes dejar de ignorarme. Quiero saber qué ocurre, entender lo que pasa contigo y sacarte de aquí cuanto antes —dije secando mis lágrimas.

Andy se alejó de mí y cubrió su cuerpo con la toalla que minutos antes llevaba ceñida a su cintura.

—No puedes, Anna. Pero agradezco tu preocupación —respondió, con el mismo tono desinteresado y ausente que lo caracterizaba.

—Tu solo déjame a mí —contesté, sin evaluar bien lo que mis palabras decían.

Camine hasta estar tras él y lo abracé cariñosamente. Andy no huyó de mis brazos y eso me sorprendió. Luego, besé su espalda con dulzura, y

me alejé.

—Lamento haber tardado tanto —dije antes de desaparecer.

Esa misma noche me propuse sacarlo de ahí, costara lo que costara.

Capítulo 3

3

La mañana siguiente, Andy estuvo mucho antes que yo en el salón. Cuando lo observé al fondo en su asiento, supe que ya no éramos desconocidos. Él me observó, por primera vez desde que había llegado a la escuela, hace casi diez años. Andy, el monstruo, me miraba en clases. Claro que su mirada no era cordial. A cada paso que daba sentí su odio atravesándome. No lograba entender que me repudiara tanto, si lo único que deseaba era ayudarlo. Me senté junto a él, hasta que ya no soporté su tétrica mirada.

—Ya detente, ¿quieres? —regañé, deseando que terminara esa tortura—. Deberías reservar ese odio para aquellos que te dañan.

Mi comentario causó aún más ira en él, que se levantó de su asiento para tomar mi rostro y acercarlo al suyo.

—No sabes Anna, realmente no sabes a qué estás jugando. ¿Crees que lo que has visto es doloroso? Espera a que te atrapen. Desearás no haber nacido, Anna.

Lo miré aterrorizada. Andy estaba furioso, y no parecía mentir, a tal punto que su mentón tembló ligeramente antes de que continuara hablando.

—¿Sabes por qué estoy tan seguro de eso?

Negué con la cabeza, sin quitarle los ojos de encima. Andy no titubeó ni por un segundo.

—Porque llevo años deseando morir a manos de alguno de ellos
—contestó.

No supe que responder.

Mi alma se partió en dos cuando escuché aquellas palabras. Estaba enamorada de aquellos ojos tristes desde el día mismo en que la maestra nos lo presentó. No quería escucharlo decir algo así. Mi vista se nubló y él se levantó para volver a su lugar. Inmediatamente me puse de pie para detenerlo tomando uno de sus brazos, Andy volteó y a unos treinta centímetros de altura por sobre mi cabeza, sonrió.

—Está bien —dijo, apartándose de mí—. De todas formas, agradezco tus años de preocupación, pero por sobre todo, lamento que te hayas

enterado de todo esto.

¿Mis años de preocupación? ¿Andy había notado mi interés en él? Volvimos a nuestros lugares y el silencio nos acompañó durante toda la mañana. A la hora del descanso, Andy no se levantó de su silla.

—¿No vas a comer? —pregunté acercándome a él. Andy me miró sin odio, pero vacío.

Negó con la cabeza y volvió a perder su vista a través de la ventana. No quise insistir para no parecer impertinente, pero volví cuanto antes llevándole algo de almuerzo, pero ya no estaba ahí y sus cosas habían desaparecido. Seguro había vuelto a casa, por lo que no perdí tiempo y en cuanto las clases terminaron, pedalee lo más rápido que pude hasta estar frente a su hogar. El auto no estaba en el estacionamiento, por lo que supuse que aquel hombre todavía no volvía a casa, lo cual agradecí, pues repe ágilmente el árbol hasta entrar por su ventana. ¿Qué clase de seguridad era esa? Cualquiera persona podía entrar ahí sin hacer mayor esfuerzo.

Andy estaba recostado boca abajo sobre su cama, durmiendo. Me acerqué a su rostro tranquilo y lo acaricié. Él tomó mi mano en seco y me jaló hacia él.

—¿Qué demonios haces acá Anna? ¡Maldición, dijiste que no volverías!
—bramó furioso.

—¡Tú tampoco cumpliste tu promesa!

—¡No he prometido nada! ¡Anna, maldición, ellos estarán aquí dentro de poco, por favor déjame en paz!

No me aparté de su lado y acaricié su cabello oscuro lentamente. Andy comenzó a calmarse y poco a poco me soltó.

—Vete de aquí, te lo suplico —murmuró clavándome su mirada—. No me gusta la lástima con la que me miras.

Andy se levantó de la cama y sus piernas temblaron al intentar avanzar. Volvió a sentarse y tomó su cabeza con pesar.

—¿No has comido? —pregunté.

Andy negó y se recostó sobre su espalda. Sin pensarlo salí rápidamente por la ventana para tomar algo de la tortilla que mi madre había preparado. Cuando tuve todo en una pequeña bolsa, crucé para treparme hasta su ventana, y mientras entraba, oímos el ruido del auto de padre.

Andy me jaló hacia dentro y me pidió que guardara silencio.

—Tienes que salir, pero no puedes hacer ruido —dijo hablándome al oído, en un tono casi dulce.

Le dejé la comida y salí sigilosamente, volviendo a observarlo a través de la ventana. Lo único que deseaba en ese instante, era que aquel hombre no entrara en su habitación aquella noche.

Capítulo 4

4

Desperté sin apenas poder moverme esa mañana. No sabía por cuanto tiempo mi cuerpo iba a resistir el ritmo que mi vida estaba tomando, aunque realmente no me importaba. Cuanto antes acabara todo, mejor. Con dificultad caminé hasta el armario, tomé un poco de ropa y en el suelo encontré el pañuelo que Anna llevaba sobre su cabello la noche anterior.

—Maldición... —murmuré en voz alta.

Todo se había vuelto aún más horrendo. Tomé su pañuelo, aun podía sentir un poco de su aroma, y lo até en mi muñeca. Nunca me había molestado la mirada constante de Anna en la escuela, o sus intentos por hacerme salir a jugar cuando éramos niños, incluso cuando descubrí que me espiaba desde su ventana sentí que era la única a quien de verdad le importaba mi vida. A pesar de que jamás hablamos, saber que estaba atenta a todo lo que ocurría me hacía sentir bien. Hasta que su curiosidad sobrepasó los límites. Si soy honesto, verla siendo capaz de romper el miedo que de seguro me tiene me dio un poco de alegría. Y si soy aún más honesto, que Damián me tocara frente a ella me provocó cierto placer. Aunque no contaba con que volvería a aparecer por aquí, y mucho menos que entraría ayer a casa.

No sé lo que me provocó verla. Sé que me vio desnudo, que observó cómo Damián pasaba sus manos por mi cuerpo, pero no esperaba que él intentara hacerlo ahí, frente a ella. Me sentí realmente humillado cuando sus manos me tiraron a la cama, pero fue peor cuando sus dedos comenzaron a entrar en mí. Gracias a dios no continuó, porque no habría sido capaz de resistirlo. Si Damián me hubiera violado ahí, con sus ojos sobre mí, habría apresurado todo y me habría colgado de una puta buena vez.

Me vestí rápido y me fui a clases, Anna aún no llegaba. Una vez que atravesó la puerta me encargué de hacerle saber que no la deseaba por mi casa nunca más, pero su mirada de lástima me destrozó incluso más que las noches en que Damián, Diego o alguno de sus clientes pasaba por casa. Para Anna yo no era un hombre. No quise quedarme ahí, soportando la forma en que me observaba, así que hui. Nadie estaría en casa y podría descansar tranquilo. Se acercaba el viernes, y mi hogar, si es que podía llamarlo así, se transformaba en un antro lleno de drogas. A veces perdía la cuenta de los hombres que pasaban por mi habitación, así es que necesitaba dormir, o simplemente no podría con ellos.

Descansaba tranquilo cuando sentí una mano delicada acariciándome. Me habría gustado disfrutarlo, pero ya era tarde, y los demás entrarían en cualquier momento. Anna me observaba cariñosamente, pero de igual forma la rechacé. Quise levantarme, pero mis piernas temblaron. Recordé que no comía nada desde el día anterior, y ella, con su infinita paciencia, desapareció de mi habitación solo para traerme comida. Me dolió echarla de ahí, pero no quería que volviera a presenciar nada vergonzoso. Esa tarde Diego volvía con la mercancía, y siempre pasaba directo a mi habitación.

No podía permitir que me humillara frente a ella.

Anna salió con rostro preocupado, le prometí que iría a la escuela y que almorzaría con ella, pero le rogué que se fuera. Esa vez, me asegure de cerrar la ventana y las cortinas.

Comí de prisa y tomé un baño, acababa de vestirme cuando escuché el ruido del motor. Diego o Damián, uno de ellos estaba en casa. Me recorrió un escalofrío. Llevaba años siendo el juguete de esos retorcidos hermanos, pero aun temblaba antes de que entraran a mi habitación.

—Vaya... —dijo Diego, abriendo la puerta—. Cada día estás mejor, querido Andrew.

Caminó hasta mí y me rodeó con uno de sus brazos, mientras deslizaba una de sus manos por la parte trasera de mi pantalón.

—¿Estás listo? La noche es joven y tengo muchos juegos nuevos para ti —bufoneo, introduciendo uno de sus dedos en mi cuerpo—. Vamos, abre tu boquita, tengo una de estas para ti —dijo enseñando una de las pastillas.

—Hoy no —respondí—. Mañana tengo escuela y esa mierda no deja que me concentre.

—Oh, qué valiente ¿Quieres que te lo meta así, lúcido? Ya estás hecho todo un hombre, ¿no? Pero, ¿sabes algo?, me gustas más cuando estás drogado. Abre la maldita boca y trágatela de una puta buena vez, que después tendrás que tragar mucho más —bramó abriéndome la boca y metiéndome una pastilla de éxtasis.

Quise vomitar, pero su lengua recorrió mi boca con violencia.

—Vamos Andrew, quítate la ropa, ya sabes que si lo hago yo termino por romperlo todo. Hoy, Andy, solo deseo romperte a ti —murmuró apretando mi miembro con fuerza.

Gemí, pero no era placer lo que sentía. Me quité la ropa mientras él abría una botella individual de cerveza. La bebió rápido, secando su boca con la manga de su sweater al mismo tiempo que recorría mi cuerpo con sus ojos. Era repugnante.

—Hazlo rápido —dijo, tendiéndome en la cama.

Diego comenzó a reír en forma desquiciada. Observó la botella de cerveza y luego se acercó a mí. Abrió mis piernas sin cuidado, y yo deseé que la droga comenzara a hacer efecto pronto.

—¿Crees que entre? —dijo lamiendo la punta de la botella. Me estremecí por completo, aterrado—. Tranquilo, cariño. No voy a hacerlo... solo bromeaba. No quiero lastimarte —dijo avanzando sobre mí.

No le creía, por ello, cuando puso la botella a un lado, aproveché para alejarla. No quería arriesgarme a sus perversas ideas. Diego comenzó a besarme como si realmente me quisiera, pero era nauseabundo. Se quitó su sweater y comenzó a masturbarme. Yo ya no sentía nada. Me volteó violentamente y comenzó a besar mi trasero, introduciendo su lengua con furia en mi ano. Luego sentí que mi temperatura aumentaba, mi respiración se aceleró, y supe que la droga comenzaba a hacer efecto. Agradecí enormemente que me hubiese puesto esa puta pastilla, mientras comenzaba a penetrarme, sintiendo como el dolor de su cuerpo destrozándome se disipaba.

Yo ya no sentía nada.

Capítulo 5

5

Escuché sonar la alarma unas seis veces antes de abrir definitivamente los ojos. El maldito de Diego apenas me había permitido dormir. Traté de incorporarme, pero me dolía todo el cuerpo. Maldito cerdo, pensé. Y estúpida Anna. Si no necesitara tanto deshacerme de ella, me quedaría en casa todo el día. Ya era jueves y mañana sería un día del demonio. La mercancía ya estaba en casa y los distribuidores de toda la ciudad acudirían por ella, y por mí.

Me levanté de allí aún con el repugnante olor a cerveza y sudor de Diego, me sentía asqueroso, al igual que ellos. De hecho, ya era uno de los suyos.

Tomé una ducha, todo en mi ardía como el mismo infierno. ¿Cuánto tiempo me quedaba? El dolor de su sexo violento punzaba hasta mi abdomen. ¿Por qué no solo me mataban? Mi cuerpo resistía mucho menos, y cada vez me metían más drogas en él. Me gustas drogado, repetía siempre Diego. Y lo estaban logrando. Me estaban convirtiendo en un adicto, solo para controlarme. Sentí el odio que ambos me provocaban, y la repugnancia que sentía hacia mí mismo por ser incapaz de huir. La frustración crecía en mí, sabía que el fin que había planeado estaba cerca. Era un maldito cobarde.

Tomé un poco de jabón y me froté con fuerza buscando alejar todo rastro de Diego de mi cuerpo. Me daba asco. Miré mi desnudez y me sentí absurdo... De pronto, comenzaba a pensar en Anna. Ella se preocupaba por mí, me buscaba y trataba de entender que ocultaba tras mis silencios. Repetí su nombre mientras recordaba su mirada preocupada al salir por la noche de mi habitación, sus ojos negros me suplicaban quedarse. Apoyé mi frente en la pared y sentí caer el agua despacio sobre mi piel.

—Anna... —murmuré en voz baja.

Bajé mi mano temblorosa hasta mi pene y lo presioné con furia, provocándome un intenso dolor. Ya no sentía nada más que eso. Ni siquiera podía masturbarme porque mi cuerpo había bloqueado toda sensación de placer. En mí, solo había sufrimiento.

Lo primero que vi al cruzar el salón, fueron los ojos preocupados de Anna. Caminé hasta mi asiento sintiendo su mirada sobre mí, hasta que estuve a su lado. Ella se acercó rápidamente y acarició mi mejilla.

—¿Estás bien? —dijo suavemente.

Quise decirle todo lo ocurrido, hablarle de esa enferma pareja de hermanos que gozaba haciéndome daño, decirle que me dolía cada músculo, y que ya casi no tenía orgullo. Pero callé. Yo no iba a atormentarla.

—Vine solo para almorzar contigo —respondí.

Ella se sonrojó levemente y volvió a su asiento.

Efectivamente, almorzamos juntos. Anna había llevado comida deliciosa para los dos, y no me estaba molestando con preguntas. Hasta ese momento, todo marchaba bien. No hablamos de nada, pero me sentía acompañado y protegido. Esa estúpida niña me volvía a hacer sentir persona. A su lado, ya no era un objeto con el que se juega para luego lanzar a la basura. Tras comer, volvimos al salón, y antes de que la clase terminara, le pedí que marchara antes que yo.

—Si me ven contigo será un problema —dije.

Ella me observó dudosa. El timbre sonó y lo primero que hizo fue acercarse a mi lugar.

—¿Qué ocurre? ¿Qué te hicieron? ¿Qué van a hacerte si te ven junto a mí?
—preguntó temblorosa, temiendo tal vez encontrarse con una realidad que no pudiera soportar.

—¿Realmente deseas saberlo? —contesté.

Ella asintió despacio. Era mi oportunidad para alejarla.

—Entonces te lo diré. Damián se meterá en mi alcoba, me lanzará a la cama y me hará el amor hasta la madrugada. Luego me drogaré un poco junto a Diego, y continuaré cogiendo con él. ¿Quieres saber algo más?
—dije, intentando parecer molesto.

Anna me miraba con la boca abierta de espanto.

—¿Te agrada? —dijo ella.

Yo la miré consternado y sonreí.

—El pene de Diego es tan jodidamente enorme, que cada embestida me provoca la misma cantidad de dolor, que de placer —agregué.

Anna me miró conteniendo el asco. Esa era la misma expresión con la que yo miraba a los enfermos con los que vivía. Pero debía mentirle. Si no lo

hacía, ella terminaría siendo descubierta, y si eran crueles conmigo, no quería imaginar cómo serían con Anna.

—Eres asqueroso —dijo.

Y se fue. Complacido, sonreí por haberla sacado de en medio, pero la única verdad, era que estaba destruido por dentro. No fui capaz de ir a la escuela el día viernes, y me dedique tan solo a esperar por mi destino. Uno que anunciaba que esa noche, todo en mí se haría trizas.

Capítulo 6